

EL TEMA DE LA ARGENTINIDAD EN LA OBRA DE ERNESTO SABATO.
La inclusión del discurso ensayístico en la prosa de ficción

Por *Mónica Elsa Scarano*

1. *Introducción*

El propósito de este trabajo se concentra en dos cuestiones básicas, a mi juicio relevantes, en la producción de Ernesto Sábato: en primer lugar, el tema de la argentinidad en la obra narrativa y ensayística del autor, y en segundo orden, el problema teórico de la intersección de elementos distintivos del tipo discursivo «ensayo» en la prosa de ficción.

La lectura se centrará en el núcleo significacional que encontrará en *Sobre héroes y tumbas*, segunda novela del autor, su más completo y explícito desarrollo, razón por la cual se dedicará mayor espacio y atención a dicho texto. La zona temática elegida como objeto del presente análisis ha probado poseer suficiente interés, tanto en la atención que le ha prestado Ernesto Sábato en sus escritos, declaraciones, conferencias y reportajes, como en la preocupación mayoritaria testimoniada en las numerosas novelas y ensayos que, desde la década del treinta, tratan el tema de la identidad o del ser nacional.

Un aspecto interesante para abordar el tratamiento de la temática de lo nacional en *SHYT* resulta la construcción de una singular «representación» de la realidad nacional, a partir de una serie de criterios aplicados a la selección de los personajes (tipos nacionales), el espacio y los períodos histórico-sociales, con los cuales se arma la acción.

Se considerarán asimismo las lecturas simbólicas que se desarrollan explícitamente en el texto para conducir a la identificación analógica: Alejandra/Argentina, y desde otra perspectiva, se detectarán los ideogramas que configuran las franjas temáticas principales que admite el núcleo sobre el cual se detiene este estudio, a los efectos de desentrañar la cuestión teórica de la imbricación del discurso ensayístico en la estructura de una producción narrativa. Precisamente en esta relación, reside la originalidad de *SHYT*, producida en la década del sesenta: la vinculación estrecha y la esencial unidad de la meditación acerca de «lo argentino» en una obra de ficción y el «paradigma conceptual» contenido en su producción ensayística, por encima de las diferencias tipológicas de ambos discursos, que se presentan como continentes válidos por igual para exponer los pensamientos que obseden al autor, con referencia a la realidad nacional.

Finalmente, interesa al respecto desarrollar la concepción sabatiana del rol del escritor como productor de ficciones y como pensador, así como la función que le asigna a la literatura y, más precisamente, a la ficción. En particular, se trata de rescatar la reflexión de Sábato acerca del peculiar destino —doblemente difícil— del escritor hispanoamericano, desarrollada en sus ensayos.

El corpus sobre el cual se trabajará está integrado por la totalidad de la producción del autor: novelas, ensayos y artículos¹. Se realizará el cotejo de los parlamentos y monólogos de los personajes en la trama ficcional y los pensamientos expresados en los ensayos por el autor Sábato, para determinar los procedimientos de construcción de los respectivos textos y delimitar los alcances filosóficos del tema y su postura personal frente al mismo.

En primera instancia, se sintetizará la transición desde el tratamiento preferencial de temáticas universales en los primeros ensayos escritos por Sábato, antes de la publicación de *SHYT: Uno y el universo* (1945), *Hombres y engranajes* (1951) y *Heterodoxia* (1953), hacia la reflexión acerca de las realidades netamente nacionales en el libro anterior a su gran novela, titulado *El otro rostro del peronismo* (1956).

En segundo término, se puntualizarán los elementos narrativos y los procedimientos que confluyeron en la construcción de la «imagen» de país representada en la estructura ficticia montada en *SHYT*, así como el conjunto de criterios y pautas de selección que rigieron en la configuración de los personajes, los espacios y épocas de la novela en cuestión. De ahí se inferirá un primer enfoque de la temática de la identidad nacional, al que se agregarán las reflexiones y alusiones de los personajes, en monólogos, diálogos o parlamentos acerca del mismo tema, en sus múltiples variaciones: la patria, los caracteres de los argentinos, la nostalgia, la literatura nacional, el europeísmo.

Precisamente esta serie de meditaciones elaboradas en torno de lo nacional, que ocupan gran parte de la novela mencionada, nos permitirán ahondar en la relación que existe entre la prosa de ficción y el discurso ensayístico en la producción sabatiana, a partir de *SHYT*. En este punto será útil el cotejo con los textos ensayísticos del mismo autor, donde se abordan dichos temas: *El escritor y sus fantasmas* (1963) y *La cultura en la encrucijada nacio-*

¹ Las ediciones de las obras de Sábato que se utilizarán son:

Ernesto Sábato, *Uno y el universo* (Bs.As.: Sudamericana, 1980) 1ª ed. 1945. (UYU).
El túnel (Bs. As.: Sudamericana, 1974) 1ª ed.: 1948. (ET).
Hombres y engranajes (Bs. As.: Emecé, 1951). (HYE).
Heterodoxia (Bs. As.: Emecé, 1970) 1ª ed.: 1953. (H).
El otro rostro del peronismo (Bs. As.: Imprenta López, 1956) (EORDP).
Sobre héroes y tumbas (Bs. As. Sudamericana, 1972) 1ª ed.: 1961. (SHYT).
El escritor y sus fantasmas (Bs. As.: Emecé, 1976) 1ª ed: 1963. (EEYSF).
Tango. Discusión y clave. (Bs. As.: Losada, 1963). (TDYC).
Itinerario (Bs. As., 1968). (I).
La cultura en la encrucijada nacional (Bs. As.: Sudamericana, 1985). 1ª ed.: 1973. (LCELEN).

Abaddón el Exterminador (Bs. As.: Seix Barral, 1980) 1ª ed.: 1974. 1ª ed. definitiva: 1978. (AEE).

Apologías y rechazos (Barcelona: Sudamericana-Planeta, 1985) 1ª ed.: 1979-1981. (AYR).

La robotización del hombre y otras páginas de ficción y reflexión. Selección y prólogo por Graciela Maturo. (LRDH) (Bs. As.: CEAL, 1981).

Páginas seleccionadas de Ernesto Sábato por el autor. Estudio preliminar de Carlos Catania (Bs. As.: Celtia, 1983). (PS).

Entre la letra y la sangre. Conversaciones con Carlos Catania (Bs. As.: Planeta, 1988).

Para agilizar la lectura, toda vez que se cite o mencione algún pasaje de los libros de Sábato se indicará su procedencia entre paréntesis con la sigla del título de la obra correspondiente y el número de las páginas.

nal (1973). Con menor detenimiento, se señalará el tratamiento del tema y las formas de hibridación de los discursos en la última novela de Sábato: *Abaddón, el exterminador* (1974).

Por último, se concluirá por delinear la concepción sabatiana del rol de la literatura y de la ficción que justificará no solamente el tratamiento de la línea temática de lo nacional, sino también la yuxtaposición del discurso ensayístico en la prosa de ficción.

2. De la reflexión universal a la preocupación por lo nacional

El tema de la argentinidad alcanza su desarrollo más explícito y completo en la producción sabatiana, en *SHYT* (1961). Sin embargo, sus primeros libros ensayísticos encierran una incipiente preocupación acerca de la cuestión de los problemas nacionales y anticipan el esquema conceptual básico que encontrará forma consumada en la estructura narrativa de la segunda obra de ficción del autor. Después de sus primeros trabajos literarios publicados en *Sur* (1940) y en los suplementos literarios de *La Nación*, Sábato publica su primer libro: *Uno y el universo* (1945). Este ensayo, que recibió el Primer Premio de prosa en la ciudad de Buenos Aires, marcó el alejamiento definitivo del autor de la actividad científica y sintetizó el balance de su tránsito de la ciencia a la literatura. El interés está centrado en la problemática del hombre contemporáneo; *UYEU* puede ser considerado «un diccionario del hombre en crisis», una profunda indagación acerca del destino del hombre en el mundo moderno, desde una perspectiva existencial y ética. El libro reúne reflexiones en torno a la libertad y responsabilidad humanas, ordenadas alfabéticamente, que fueron elaboradas durante una etapa de búsqueda de sí mismo y dan cuenta de su visión de su propio Universo «incompleto, contradictorio y perfeccionable» (*UYEU*, 13). Esta línea de pensamiento encontrará una continuidad en la producción posterior de Sábato. Sin embargo, es notable y debemos señalar el hecho de que no se encuentra en sus primeras obras la reflexión sobre el ser nacional, que ocupará el primer plano en sus producciones posteriores.

En 1948, Sábato publica su primera novela, *El túnel*, luego del fallido intento de su primera incursión en la narrativa: *La fuente muda*, que permanece inédita. En *ET* aparecen los temas, imágenes y símbolos que se transformarán en constantes de la trilogía narrativa sabatiana: la soledad, el incesto, la locura, la incomunicación esencial del hombre y el anhelo de fusión, los ciegos, los pájaros, los túneles, las cloacas, los soles nocturnos. Sus personajes preludian a los de su segunda novela, *SHYT*: situados en un mundo hostil, «frágiles criaturas en medio de un mundo cruel, lleno de fealdad y miseria» (*ET*, 61), se desdobl原因an y se muestran impotentes y desamparados, deambulando por las calles de una indiferente Buenos Aires moderna. Si bien *ET* es incluida dentro de la narrativa urbana, por la tematización de conflictos propios de los habitantes de las grandes ciudades, el acento está colocado en el aspecto introspectivo, privilegiando el planteo y la reflexión de la problemática humana en su dimensión universal. En consecuencia, tampoco encontramos aquí un desarrollo explícito de la cuestión de la identidad nacional, sino —como lo señalamos con respecto a *UYEU*— un énfasis en los problemas universales del hombre contemporáneo. Se ofrece una visión desen-

cantada de la vida: «La virtud (...) es una larga pesadilla...» (*ET*, 89) reflexionará Juan Pablo Castel, y en una carta de María a Castel se concluye que : «...vivir consiste en construir futuros recuerdos...» (*ET*, 63). Se anticipa también en *ET*, la visión dual de la realidad que persistirá en *SHYT* y configurará la imagen esencial de lo argentino: la luz y la oscuridad, lo hermoso y lo horrible se combinan y yuxtaponen en la ambigüedad de lo real, simbolizada en *SHYT* en la imagen bívoca de Alejandra: «ese monstruo equívoco, dragónprincesa, rosafango, niñaamurciélago» (*SHYT*, 114).

El segundo libro de ensayos de Sábato: *Hombres y engranajes* (1951) constituye una especie de justificación del autor, que reúne en este libro una serie de reflexiones asistemáticas, de índole política y filosófica, a las que niega carácter literario: «No soy filósofo y Dios me libre de ser un literato» (*HYE*, 11), «más bien soy un hombre de pasiones». En una suerte de «autobiografía espiritual» (*HYE*, 11), Sábato analiza las causas que provocaron su acercamiento al comunismo y a la ciencia, ya alejado de ambos. Testimonia en estas páginas una crisis personal y universal a la vez, la de un hombre contemporáneo que refleja el derrumbe de la civilización occidental, basada en la razón y la máquina —antiguas ilusiones, de las que se muestra desencantada—. Desilusionado del comunismo —del que se desvincula al advertir su encubierto totalitarismo, aunque sin dejar de respetar en Marx lo que hay de trascendente en él, ni de reconocer el legítimo mérito de la aspiración a la justicia social y la reivindicación del hombre concreto—, se refugia en la ciencia en busca de un orden puro, universal, que mitigue su desencuentro con la existencia. Pero al poco tiempo, se aleja, huyendo del «cretinismo cientificista» (*HYE*, 13). Admitiendo los préstamos de las ideas de Martín Buber, Nicolás Berdiaev y Emmanuel Mounier, su preocupación recae en este libro en la consideración de la problemática universal del hombre, desde un ángulo existencialista; se presenta una visión kafkiana del hombre moderno, a la intemperie y sin hogar, desamparado, en quiebra total (*HYE*, 17). Así señala el fin de una concepción de la vida y del hombre, nacida en Occidente con el Renacimiento y la crisis epistemológica en el siglo XX, cuyo signo más notorio y significativo ha sido el ponerse la ciencia al servicio de la destrucción y la muerte (*HYE*, 18). Ve en los terribles cambios del mundo contemporáneo la causa de las enfermedades modernas (*HYE*, 52) y analiza las dimensiones de la crisis occidental, que abarca desde el exceso de racionalismo, la represión de lo intuitivo y natural, el individualismo, la mecanización y la tecnocracia, hasta la más cruda injusticia social.

Por primera vez emergen en la escritura sabatiana alusiones vinculadas con la realidad nacional, como lo muestra la referencia a valores positivos, que permanecen aún vivos en nuestro país, frente a la realidad ofrecida por la ciencia y la fe en el Progreso en el siglo XX. Se trata de la realidad de la campaña, de las provincias andinas o serranas de nuestro país, donde impera aún un sentido feudal del tiempo y del ocio, en que los hombres se rigen por el ritmo natural de los astros y las estaciones (*HYE*, 55).

Por otra parte apunta la diferencia entre los europeos y los «hijos del país» en la pampa de su niñez. Se insinúa aquí la analogía entre la franja pasada ubicada en su infancia y su pueblo natal con una región de la inocencia o de la pureza, que se encontrará frecuentemente en *SHYT* y en *Abaddón el*

Exterminador (1974). Para los «hijos del país», el tiempo no existía sino para matarlo, para vivir tranquilo y despreocupado (*HYE*, 56).

Comparte con los dos libros anteriores, la misma concepción desencantada de la vida: «Pero todo esto son restos menguados de una época condenada» (*HYE*, 55), aunque se acrecienta aquí el convencimiento en el sentido absoluto de la vida, que insinúa un atisbo de esperanza: «...la existencia es un entrar en contacto del ser humano con las cosas y con sus iguales» (*HYR*, 127). Los momentos de solidaridad ante el dolor son vistos como «frágiles y transitorios puentes» que comunican a los hombres por encima del «abismo sin fondo de la soledad» (*HYE*, 128). Admirado de que el hombre, a pesar de estar en un mundo bárbaro y hostil, siga luchando, trabajando, creando belleza, cree ver en esto la prueba de que algún misterioso sentido debe existir en este mundo, capaz de convencernos de que los hombres pueden alcanzar de algún modo la grandeza y la eternidad (*HYE*, 128). Es evidente en este punto la coincidencia con la temática central de *ET* y *SHYT*.

Finalmente, se incluye en *HYE* una reflexión acerca de la cultura y el ethos, que concluye en que cada cultura, por su concepción de la realidad, está asentada en una metafísica y en un ethos diferentes, en oposición con el concepto burgués de la realidad, externo y racional. Se insiste en la necesidad de una «nueva síntesis» para comprender a fondo los problemas del hombre de nuestra época (*HYE*, 115) y la urgencia por recuperar un sentido humano de la técnica y la ciencia. Se persigue una síntesis que concilie las necesidades sociales del hombre y de la comunidad, que no se reduzca a un individualismo ni a un colectivismo cerrados que negarían toda posibilidad de alcanzar soluciones humanas (*HYE*, 126).

Poco después, en 1953, en *Heterodoxia*, la segunda parte de *UYEU*, continúa las reflexiones iniciadas en ese libro, acerca de los problemas que preocupan y angustian al hombre de nuestro tiempo. También al modo de un diccionario, el libro reúne los pensamientos del autor sobre los grandes ideales, el marxismo, el existencialismo, el sexo. Reacciona aquí contra la consificación del hombre, alienación y trivialización de la cultura y de la vida, defendiendo valores espirituales y morales, contemplando las raíces, el sentido y las vías de superación de la crisis de negación de la civilización europea.

Aparece aquí nuevamente la posibilidad de la ambigüedad en los actos humanos, en este libro, al analizar las actitudes opuestas entre artistas e intelectuales: acción o contemplación, existencia o esencia, ante el derrumbe de nuestro tiempo (*H*, 27). A continuación, encarna esa concepción en la realidad nacional, dentro del nivel de lo histórico-social, en términos del tradicional dilema «civilización y barbarie». Por primera vez surge el tema que recorrerá subrepticamente sus producciones narrativas. La figura de Sarmiento ejerce sobre Sábato una innegable seducción, precisamente por la dualidad constitutiva de su escritura. Leemos al respecto en *H*: «Sarmiento llevaba a Quiroga bien dentro de sí: es al caudillo lo que el super-yo al inconsciente. Lo insulta, lo escarnece, lo ridiculiza; ¡pero cuánto lo admira, qué secretamente lo comprende y lo siente!» (*H*, 29).

En este mismo aspecto se insinúa el tema de la búsqueda de un lenguaje nacional (*H*, 29-30), al destacar la necesidad de poseer un lenguaje que refleje nuestro peculiar modo de ser, y sea al mismo tiempo la más perfecta y adecuada expresión de nuestros sentimientos e ideas. Por esta razón defiende el uso de barbarismos, tal como lo ha hecho Sarmiento en el *Facundo*.

Se adelanta aquí una convicción en la relación que existe entre el lenguaje y un modo de ser peculiar y propio, vale decir con los sentimientos, rasgos e ideas que constituyen el ser nacional. Frente al lenguaje de la ciencia, lógico, descriptivo y coherente, Sábato reivindica el lenguaje de la vida, del hombre concreto, un lenguaje insinuante, contradictorio, que llega a ser absurdo, que alude a una realidad no lógica.

Con respecto a la mirada hacia la historia, al pasado, sostiene una postura coincidente con el relativismo gnoseológico y el subjetivismo, según la cual a través de nuestras propias experiencias, vemos lo que somos capaces de ver solamente, siendo así posible la existencia de distintas versiones de la historia, tal como se lo plantea en *SHYT*. Las distintas versiones comparten algo de la verdad, porque la historia ha sido hecha por seres que tienen algo de niño, de joven, de hombre y de metafísico (*H*, 33).

Entre las reflexiones sobre el arte, la ficción, el realismo, el lenguaje, Sábato anticipa su preocupación por lo representativo argentino: no se ha escrito aún una novela argentina representativa, porque subsiste la dificultad de definir lo representativo en nuestro país, más que en otros países sudamericanos (*H*, 132).

Inicia en *H* una reflexión abierta y explícita del conflicto de nuestra nacionalidad: «El hombre argentino es de contornos indecisos, complejos, variables y caóticos. El mundo de hoy es un caos, pero nuestro país lo es doblemente, pues al caos universal se suma el que resulta de su condición de país inmigratorio» (*H*, 132). Y sugiere finalmente que sólo la literatura puede intentar describir este doble caos, pero no en una sola obra, sino a lo largo de toda una literatura, asignando esta función a la literatura argentina (*H*, 132): «Habrà que interpretar muchos matices, muchos personajes y aspectos de nuestra realidad: la oligarquía en decadencia, el gaucho pretérito, el gringo enriquecido, el gringo que siente nostalgia de su patria lejana, el habitante cosmopolita de Buenos Aires —indiferente y apátrida—, el hijo y nieto de inmigrantes» (*H*, 132). Sábato se resiste a pensar en lo nacional como lo hacen lectores foráneos que lo reducen al gaucho, sino que se inclina por pensarlo como una realidad más compleja (*H*, 132).

Toma conciencia de su función de «escritor ciudadano» y por ende, de lo que debe escribir, por imposición de su realidad. El escritor debe enfrentarse con su realidad y con su tiempo, de lo contrario escribiría trivialidades. Precisamente en *SHYT* pondrá en funcionamiento su teoría de la representación de la realidad nacional. Se autodefine *H* como escritor urbano: «hasta cuando hablamos de la pampa lo hacemos desde Buenos Aires, como Martínez Estrada, que escribió *Radiografía de la Pampa* desde su escritorio del Correo Central. (*H*, 134). De acuerdo con su visión de dos Argentinas: la nueva, inmigratoria, industrial, que representará en su próxima novela, y la vieja Argentina, semifeudal, distingue dos tipos de escritores: aristocrático, estanciero, que vivía gran parte del tiempo en Europa (Lugones, Victoria Ocampo), y el plebeyo, de clase baja, influido por los rusos del siglo XIX y por la literatura revolucionaria anarquistas y socialista (Bakunin, Kropotkin, Marx) (Roberto Arlt) (*H*, 135). Sábato aspira a representar la síntesis de ambos, combinando el acento metafísico en la literatura, con formas menos severas y más libres. Tal distinción de la literatura, representada por los grupos de Florida y Boedo en la década del 20, se agudiza hacia 1930 por la crisis y declinación de la Argentina liberal, con la caída del irigoyenismo, deri-

vando en una línea afín a la torre de marfil y la literatura pura, y otra, de tono más directo, con un marcado énfasis de lo social, que asumía la función de ser vehículo de la revolución de la sociedad.

Con *El otro rostro del peronismo* (1956), Sábato aborda abiertamente la temática nacional. En este ensayo, que es en rigor una carta abierta dirigida a Mario Amadeo, nacionalista que acompañó a Perón en la primera etapa de su gestión y se apartó luego ingresando a uno de los vastos y diversos sectores antiperonistas. En junio de 1956 Sábato reúne en este libro sus opiniones sobre el fenómeno histórico-social del peronismo, precisamnete el período elegido para enmarcar la acción en su próxima novela *SHYT*. Vemos así reaparecer, ahora en primer plano, la preocupación por cuestiones nacionales, desde un punto de vista social y político.

Dedicando estas meditaciones a sus hijos «que tienen profundo amor por nuestra patria y fe en sus destinos y a los millones de jóvenes que tendrán que construirla y defenderla en los tiempos que han de sobrevenir» (*EORDP*, 7), responde con este libro a Mario Amadeo, quien fuera autor de un libro acerca del pasado, presente y futuro de nuestro país y con quien discrepa en puntos esenciales (*EORDP*, 9). Sábato elabora estas reflexiones desde un punto de vista político, en un sentido amplio, en función de su rol como «intelectual argentino». Siente que es su deber exponer sus discrepancias y discutir públicamente sobre el proceso de toma del poder y caída del movimiento justicialista, teniendo en cuenta el «grave momento de nuestra patria», asumiendo como hombre de pensamiento la necesidad y responsabilidad de meditar sobre los problemas del país y contribuir a su formación. Ataca frontalmente el absolutismo y la corrupción del régimen peronista, pero, caído Perón, se anticipa a denunciar los vicios del nuevo régimen, defendiendo la renovación de estructuras y la defensa de la justicia social aportadas por el peronismo. Define el momento histórico presente —1956— como una nueva encrucijada histórica, que a diferencia de la de 1853, se presenta como más compleja y peligrosa. Esta justificada meditación iniciará en la producción literaria sabatiana una línea, antes sólo insinuada, que se continuará en *SHYT*, *AEE* y los restantes ensayos del autor.

El objeto del análisis que desarrolla en *EORDP*, serán sólo los factores que concurren al ascenso de Perón, que a su juicio fueron más importantes para el examen de «nuestro drama actual»; de sentimientos y pasiones (*EORDP*, 10-11). Adelanta aquí la temática de un ensayo que nunca publicó: *La sombra de Facundo*, acerca de la tesis sobre la esencia de nuestra nacionalidad y el carácter de nuestra civilización americana. *EORDP* contiene afirmaciones aparentemente esquemáticas, deudoras de la urgencia y la índole política de ese documento.

Se presenta a Perón como un «demagogo» que supo canalizar en su favor la más grande acumulación de resentimientos que haya registrado la historia (*EORDP*, 11). Existe una doble relación de resentimiento —que viene de lejos en la Argentina, desde el rencor del gaucho por la oligarquía extranjerizante de Buenos Aires— y de descreimiento entre los jóvenes y los trabajadores, que contribuirá a formar la psicología peronista (*EORDP*, 12-13). Al rencor del gringo hacia las clases altas del país —gringos invasores cuyos modelos culturales son la alta burguesía y la aristocracia francesa o inglesa— se agrega el no disimulado desdén de ésta por los inmigrantes que multiplicaban casi catastróficamente la población de la cuenca del Plata, dando ori-

gen a la «nueva Argentina de la inmigración» —entre 1853 y 1910—, que proveerá de material humano, tanto a las chacras del litoral, las fábricas del gran Buenos Aires, como a sus prostíbulos y sus sainetes. Sábato analiza el proceso de gestación y la conformación psicológica del nuevo tipo social: el nuevo argentino de barrio, «cruza de gringos pobres con criollos arrabaleros», tipo inédito hasta ese momento, «proclive al amor prostibulario y a la canción sentimental, extraño híbrido de napolitano exuberante y de reservado 'hijo del país'», que encuentra en *SHYT* su inolvidable encarnación en el personaje de Tito (Humberto J. D'Arcangelo) (*EORDP*, 13-14).

Mientras en las grandes ciudades de inmigración se llevaba a cabo el paradójico proceso de hibridaje, con la consecuente adquisición y pérdida de valores que genera todo intercambio, en los centros del interior crecía el abismo social entre la antigua clase aristocrática y el nuevo grupo de peones e indios. Así se acumulan el resentimiento secular del indígena sometido y el del trabajador moderno —blanco, indio o mestizo— hacia los poderosos patrones de yerbales, quebrachales o ingenios (*EORDP*, 15). Sábato encuentra la explicación de las complejas reacciones psicológicas en los cambios sociales vertiginosos que tuvieron lugar en nuestro país en los ciento cincuenta años de su historia.

Revisando la historia del proceso aluvional de la inmigración que recibió nuestro país. Sábato pone serios reparos a la penetración imperial incontralada y omnipotente, que corrompió nuestra vida política, compró conciencias, deformó la economía nacional para sus solos fines, arrasó la industria regional, aniquiló o pervirtió el federalismo, monopolizó los ferrocarriles y las comunicaciones para sus exclusivos beneficios, desarrolló monstruosamente la ciudad capital. (*EORDP*, 15-16). Al analizar las consecuencias del imperialismo en Argentina, el autor de *EORDP* concluye que ha puesto en peligro la incipiente nacionalidad con el cosmopolitismo.

Se alude aquí también a la imagen de Buenos Aires como ciudad «babilónica», que prevalecerá en *SHYT* y a la situación de la juventud argentina, «en el tembladeral de las ciudades improvisadas —donde nada permanecía válido para siempre—, en el caos babilónico de Buenos Aires —que pasó en ciento cincuenta años de diez mil habitantes a cinco millones—, en una frenética carrera por los bienes materiales, en un olvido casi total de los valores espirituales y de la tradición» (*EORDP*, 16). La sensación profunda de descreimiento y desengaño desemboca en el fenómeno del descontento, que se agrava en 1930, debido al clima psicológico y al espectro político que se le ofrecía a la juventud —la opción nacionalista o los movimientos revolucionarios de izquierda, exceptuando los partidos minoritarios— (*EORDP*, 17). Varias causas condujeron finalmente al pueblo argentino hacia el rencor y la desilusión: el vertiginoso proceso económico y social, el imperialismo y sus aliados autóctonos, el cinismo y oportunismo de algunos políticos acomodaticios (*EORDP*, 19). Todo este conjunto de factores facilitan la comprensión del surgimiento del coronel Perón en 1943: estaban dadas —según la óptica de Sábato— las condiciones para la emergencia de un demagogo. La hora de las masas populares había llegado por fin al país. Sábato define gruesos trazos que dibujan una visión negativa, la personalidad política del líder justicialista: tendencia al fascismo aprendido en Italia, olfato para la demagogia, intuición y habilidad para despertar las peores pasiones de las multitudes, experiencia personal de resentimiento social por su condición de hijo

natural, falta de escrúpulos para convertirse en jefe y explotador de las multitudes argentinas (*EORDP*, 19-20).

No obstante su abierto antiperonismo, Sábato analiza dentro del espectro político del momento la capacidad de movilización de Perón, como un punto altamente positivo, y valora en él su condición de «último caudillo capaz de comprender el corazón de las masas populares», posibilidad que estaba lejana de los socialistas —más preparados para encarnar las aspiraciones de la clase media ilustrada y de la aristocracia obrera— o de los comunistas, que intentaban abstractamente trasladar teorías y procedimientos europeos a la singular estructura sudamericana, ni tampoco podía provenir de los nacionalistas ni de los conservadores. Pero, por otra parte, Sábato señala los puntos comunes que advierte entre Perón y los nacionalistas, principalmente la común simpatía por Hitler y Mussolini (*EORDP*, 22). En este punto, formula dos objeciones a Mario Amadeo: en primer lugar, pone en duda la pretendida actitud neutralista del nacionalismo argentino en la 2ª Guerra Mundial, entendiéndolo que, en el fondo, era una forma de apoyar a la Alemania de Hitler, y, en consecuencia, de avalar los crímenes cometidos en esos países (*EORDP*, 22), y en segundo lugar, lo inculpa de ocultar o callar en su libro el apoyo que una parte de la Iglesia le dio a esa tiranía.

Trata de explicar contextualmente el «fenómeno Perón», interpretándolo como típico de nuestro tiempo, sin ahorrar epítetos y afirmaciones que generarán una rotunda reacción entre los seguidores del líder: «entusiasta epígono de la doctrina nazi y de sus métodos», «agente pago de la embajada alemana», «empirista sin escrúpulos» (*EORDP*, 23, 24, 25), cuya doctrina básica consistía «en la elevación del coronel Perón mediante cualquier método» (*EORDP*, 26). La condena de Sábato recae primordialmente sobre la última etapa de su gobierno: «tiranía más execrable», «megalomanía máxima», corrupción, peculado y amoralidad (*EORDP*, 26). La acusación se extiende hasta el nacionalismo de donde surgieron las fuerzas de choque del Dictador: los miembros de la Alianza, mafia siniestra de la política de ese momento (*EORDP*, 28).

Desde 1946, Sábato venía advirtiendo acerca de la necesidad de crear un movimiento popular que denunciase la ascendencia nazi del líder justicialista y reivindicase para sí las banderas populares y llegara a las masas (*EORDP*, 29). Las sombrías predicciones de Sábato sobre el triunfo de Perón se apoyaban en el conocimiento y convivencia con obreros durante varios años, durante los cuales pudo hacerse eco de sus aspiraciones y ansiedades más profundas.

A partir de este análisis de la situación social y política del país, Sábato reflexiona acerca de lo que definiría a una literatura nacional —continuando con la meditación iniciada en *H*—, y las condiciones básicas para llegar a ser una «nación madura». Arriba a conclusiones, tales como que «en cada argentino había y hay un fragmento de Perón», con lo que pretende explicar a Perón por el hecho de ser argentino (*EORDP*, 34).

La visión enjuiciadora y negativa de la Argentina del 55 y 56 obliga a Sábato a recordar las palabras que expresara al cerrar una conferencia en un Ateneo de Tucumán el 14 de septiembre de 1955: «que no era por desamor a la patria que decíamos esas horrendas palabras, sino por amor a ella, por la inmensa aflicción que nos producía verla así, tirada por el suelo, embarrada, llena de estiércol y dinero, y lo que era aún peor, sonriendo siniestra-

mente, vanagloriándose de revolcarse en el cieno, en la mugre, en el compadreo» (*EORDP*, 34). Recuerda asimismo su meditación acerca del destino de nuestra nación, camino a Salta, al día siguiente. Se preguntaba en esa oportunidad si «eso era un país, si de verdad era una patria», si ésa era la patria de la que le habían hablado inocentemente sus maestras en un perdido pueblo de la pampa (*EORDP*, 36). Esta es la idea germinal y generadora que se desplegará en *SHYT*, en las reflexiones de Martín que la asociaba con la bandera, la pureza y la inocencia, o en las interrogaciones de Bruno acerca de lo nacional. A la paradójal ambivalencia de amar a la patria pronunciando con dolor «horrendas palabras» acerca de ella, se agrega la ambigüedad misma de la realidad nacional, la confrontación irreconciliable de la patria ideal aprendida en la infancia y la patria real (*EORDP*, 36): «Así veíamos nuestra patria derrumbada, en sucios pedazos. Nada quedaba de aquellas infantiles imágenes». Esta ambigüedad de la realidad, incluso de la nación, configurará la construcción que de ella realiza el autor en *SHYT*; la imperfección de la áspera realidad hecha de una mezcla triste e inexorable destruye la pueril leyenda de la infancia, contamina la contemplación de la historia pasada, origina el cuestionamiento de nuestros héroes y batallas y contribuye a mirarlos con compasión y piedad. Lo universal y lo nacional comparten la precariedad y fragilidad de lo real (*EORDP*, 37). Sábato continúa profundizando su visión de la patria y se enfrenta con la asombrosa heterogeneidad de sus pobladores: hijos de gringos, gauchos del interior, indios silenciosos, blancos llamados Güemes o Leguizamón. Y sin embargo siente que a pesar de todo existe una sola patria, a pesar de la distancia geográfica, lingüística y cultural (*EORDP*, 38).

Haciendo una autocrítica revisión de la actitud de la «intelligentzia» argentina, en la que se incluye, Sábato propone intentar *comprender* el problema de su país y *desentrañar* en aquel movimiento lo que había de genuino, inevitable y justo. Esta será la actitud que animará la escritura de *SHYT* y de los demás escritos del autor. El enfrentamiento básico contenido en el período que constituye el objeto de estudio de *EORDP* permite a Sábato llegar a la conclusión de la índole *dilemática* de nuestra historia nacional, ya presente en la dualidad sarmientina: civilización-barbarie y prolongada en la oposición: unitarios-federales, peronistas-antiperonistas, doctores-pueblos. Así ha querido interpretar y realizar la historia el racionalismo europeo, explicando equivocadamente las polarizaciones en la historia argentina (*EORDP*, 44). Pero propone en *EORDP*, para alejarse de ese esquema, la necesidad de juzgar a los pueblos desde los dos ángulos; desde lo racional, luminoso, ideal, y también desde el lado más profundo de su realidad, sus mitos, su alma y su sangre. Podemos observar cómo aparece cada vez con mayor grado de explicitación el paradigma luz-oscuridad que vertebrará sus dos obras narrativas: *SHYT* y *AEE*.

Si aceptamos, pues, la insuficiencia de la razón para comprender la historia nacional, —prueba de lo cual son los ideólogos argentinos que fracasaron en sus análisis y proyectos—, en estos bárbaros territorios de América del Sur, surge el dilema de la necesidad de admitir legítimamente las fuerzas oscuras y volver al «hombre concreto, al ser de carne y hueso», a la luz de la experiencia histórica, abandonando los cánones de la Ilustración. Esto genera en Sábato una postura optimista de quien tiene fe en su patria, confiando en una ansiada *palingenesia* nacional, cuyas bases enumera hacia el

final de esta ensayo, con el fin de contribuir a la conciliación nacional (*EORDP*, 48-55). Consciente de los momentos decisivos que está viviendo, Sábato cierra el ensayo con palabras esperanzadas pero comprometedoras con la realidad de su país: «Y ojalá Ud. y todos los argentinos, que hoy vivimos angustiados nos mostremos dignos, ante las generaciones venideras, de los momentos que nos toca vivir tan decisivos para la integración o para la desintegración de nuestra patria porque las patrias no tienen asegurada fatalmente su futuro, sino que se lo juegan en cada instante crucial de su historia y no se lo juega en abstracto sino en sus hombres» (*EORDP*, 61).

La segunda novela de Ernesto Sábato, publicada en 1961, tuvo una excelente recepción y fue considerada un éxito editorial. En ella se explicita y ocupa un primer plano el tema de la indagación que la identidad nacional, cobrando aquí más relevancia que la que el autor le había dedicado en sus ensayos anteriores. En *SHYT* el tema de la argentinidad alcanza su máximo desarrollo en las tres obras de ficción de la producción sabatiana. En *Abad-dón...* estará presente esta misma línea de reflexión, pero en menor medida y en un segundo plano, como veremos más adelante.

Por primera vez en la obra de ficción sabatiana, en *SHYT* alcanza el justo equilibrio la tematización y ficcionalización de instancias universales e histórico individuales a la vez. Ya en *H*, Sábato manifestaba expresamente su adhesión al postulado de Tolstoi: «Profundizando en mi propio yo —y solamente así— puedo alcanzar la realidad de los demás...» (*H*, 31).

3. *La cuestión de la identidad nacional en «Sobre héroes y tumbas»: la representación de la realidad nacional*

La problemática de lo nacional ocupa desde unas décadas antes de la publicación de *SHYT* un lugar preponderante en la narrativa urbana argentina; una muestra de ello es el *Adán Buenosayres* (1948) de Leopoldo Marechal. El tema se convierte en una obsesión en la obra de Sábato y se resuelve en la trilogía narrativa del autor, particularmente en su novela central y más lograda: *SHYT*. La compenetración de Sábato con la nación y su profundo enraizamiento con el pueblo argentino constituyen la clave y la respuesta a la motivación que generó en el deseo de inaugurar un nuevo capítulo de la épica nacional. Al evocar acciones heroicas, épocas pasadas, figuras legendarias para pensar una nación nueva y testimoniar su verdadero ser, cobra actualidad y vigencia.

Nos interesa ahora detener nuestro análisis en el modo en que se construye el tema en la estructura narrativa de *SHYT*. Sábato elegirá en *SHYT* la representación de un «modelo» de país, «una Argentina» particular, evitando caer en la abstracción, de acuerdo con su concepción del realismo, sin simplificar ni esquematizar. En coherencia con su visión de la relación del arte y la literatura con la realidad, pretende preservar la dinámica de algo que está en conflicto, en constante movimiento, sin cristalizarlo en la obra de arte. Se aborda el tema tal como se lo ve, contaminado por lo humano, mediatizado por el narrador y las visiones particulares de los personajes, cuyas contradicciones, vacilaciones, incertidumbres, dudas, cuestionamientos conformarán el entramado básico de la novela. La división sujeto-objeto se desdibuja ante la convicción de que la realidad que se pretende represen-

tar y desentrañar está tanto fuera como dentro del hombre, incluyendo sus características sensoriales e intelectuales (*UYEU*, 174).

El autor se abocará en *SHYT* a la construcción de una representación de la realidad nacional, que se apoya en criterios concretos para seleccionar los distintos elementos de la estructura narrativa. La estrategia de composición apunta a privilegiar la visión subjetiva de los hablantes de la comunidad que se trasladará a los personajes, que serán portadores de los padecimientos del pueblo y de autor, en particular. Se evitará específicamente la visión racional falsamente objetiva, externa y estática que congelaría la representación, para brindar una aproximación agónica, subjetiva e interior, desde lo humano, particular y concreto. Pondrá especial empeño en configurar una imagen del país, que sea fiel a los diversos y variados matices, tipos y aspectos de nuestra realidad (*H*, 132), con el fin de reproducir una imagen de un «país real» (*EORDP*, 66). Seguramente no será una tarea agradable, la de emprender una desidealización de la visión de la realidad nacional, y concretamente, de Buenos Aires, pero, tal como lo expresara en *H*, es misión del escritor «enfrentarse con su realidad por dura y funesta que sea» (*H*, 134).

Examinaremos a continuación de qué procedimientos se vale Sábato y qué tipo de tratamiento elabora en *SHYT* del tema que nos ocupa.

3.1. Polarización y contrapunto de temporalidades

El presente de la acción principal de *SHYT* transcurre en los dos últimos años del gobierno peronista: 1953 y junio de 1955 (la quema de iglesias tradicionales de Buenos Aires). En ese lapso temporal tiene lugar la historia básica del encuentro y relación finalmente frustrada entre Martín y Alejandra. No es casual la elección de ese período histórico-social, caracterizado por el enfrentamiento de fuerzas antagónicas, si recordamos la predilección del autor por los momentos históricos que ponen en relieve la esencia conflictiva de la historia argentina y permiten percibir el desgarramiento constitutivo del ser nacional, presente desde los orígenes de nuestra nación. En su libro inmediatamente anterior: *EORDP*, el fragmento temporal correspondiente al régimen peronista, como ya lo hemos señalado, ocupa el centro del interés. Sábato manifestó allí la necesidad de admitir los hechos producidos entre 1943 y 1955, no solamente la demagogia y la tiranía, sino también el fenómeno nuevo del advenimiento del pueblo desposeído a la vida política argentina (*EORDP*, 52). Insistió reiteradamente en la convivencia de buscar la síntesis y la conciliación nacional, en vistas a la reconstrucción de nuestra patria. En *SHYT*, Sábato no escatima precisiones en las referencias a hechos y personajes históricos, pero no obstante supera ampliamente la concepción del realismo burgués, según la cual lo real queda reducido al mundo de lo fenoménico, social y natural. Su reconstrucción de una franja de la historia argentina no pretende ser una crónica social de la última etapa del gobierno peronista, aunque en cierto sentido lo sea. *SHYT* representa uno de los productos más destacados de la narrativa urbana y puede ser calificada como novela «testimonial», por cuanto narra hechos recientes, que guardan sólo seis años de distancia de la fecha de composición de la narración. Si es testimonial y está emparentada con estrategias compositivas de la crónica periodística, ocurre en el plano de lo histórico-social, aunque se hace uso de re-

cursos que persiguen poner en evidencia la fragilidad de la verdad que se atribuyen los géneros referenciales. Baste señalar la función de la «Noticia preliminar» que encabeza la novela. Mediante este recurso de remitirse al nivel de los hechos, Sábato ironiza y hasta juega con la aparente objetividad que puede otorgar al relato tal remisión a lo fenoménico. En el fondo se trata de replantear la cuestión problemática de la construcción de la verosimilitud, que Sábato amplía mediante la inclusión de otros planos y niveles de realidad y se encarga de demostrar que la realidad es mucho más profunda que lo que permite percibir el nivel epidérmico de la visión de los hechos sintetizada en la «Noticia preliminar»². Lo histórico-social está planteado, pero sin ninguna pretensión de objetividad, por lo contrario predomina en la narrativa sabatiana la visión subjetiva de un testigo de ese momento histórico representado.

Interesa destacar de qué modo se plantea la ambivalencia tensionante que percibe el autor del presente de la narración. Recordemos el patético relato de la quema de las iglesias y la convivencia de dos actitudes y sentimientos opuestos: la violencia desaforada y el temor de quienes contemplan los sucesos entre curiosos y azorados. Y en medio de aquella multitud heterogénea, el deambular aparentemente indiferente, de Martín ensimismado por otras atribuciones, en el extremo de la desesperación, próximo a quitarse la vida, antes de ser salvado por Hortensia Paz (*SHYT*, 226-233). El ambiente de conflagración evocado en *SHYT*, contra lo que podría esperarse, no conduce sino a una meditación sobre la responsabilidad común de construir un destino mejor para nuestro país, superando las estériles divisiones entre réprobos y elegidos³.

En este presente de desorientación, «de coima y robo», de un país que parece no tener arreglo, emerge intermitentemente otro tiempo: un pasado remoto que introduce una nueva polarización de larga tradición en la historia nacional, la época de las guerras civiles, las luchas de unitarios y federales. En la interferencia del pasado se registra una bifurcación hacia dos épocas diferentes: en primer lugar, mencionaremos a la más extensa: la que incluye la formación y evolución del linaje de los Olmos, los antepasados de Alejandra, que se remonta hasta 1806, con la llegada a estas tierras de Patrick Elmtreees, fundador de la estirpe, quien castellanizará su nombre y pa-

² En los libros I y II los acontecimientos se narran desde las «visiones con» de Bruno y Martín que se interponen y yuxtaponen; el libro III ha sido redactado desde la visión de Fernando en primera persona y en el libro IV, Bruno asume la narración y en el tercer capítulo aparece el narrador por detrás a quien Bruno le ha hecho confidencias.

Con referencia al nivel de la crónica periodística, cfr. las reflexiones de Martín y Fernando respectivamente en: *SHYT*, 12 y 264.

³ En *EORDP*, 53, concluye: «Todos somos culpables de la funesta historia». También cfr. *EORDP*, 54.

En un texto recogido en *Clarín* y luego en *Megafón*, en un *Homenaje a Marechal* escribe: «Nuestra historia es una sucesión de diatribas, cada facción se considera dueña absoluta de la verdad (...). La argentina ha estado dividida siempre entre un sangriento chacal, cuyas cenizas ni siquiera tienen el derecho a descansar en su tierra». Ernesto Sábato, «Homenaje a Leopoldo Marechal», (20-VII-1978) en: *La robotización del hombre y otras páginas de ficción y reflexión*. Seleccionado y prólogo por Graciela Maturro (Bs. As.: CEAL, 1981), 160.

sará a llamarse Patricio Olmos. Esta estirpe, mayoritariamente unitaria —excepto Alejandra y Fernando—, simbolizará en cierto sentido al país, dividido en sus contradicciones y en el trágico periplo de decadencia (*SHYT*, 80).

La historia de los Olmos enlaza con la otra época pasada que hemos señalado: la evocada en los veintidós fragmentos que conforman la Saga de la Legión. Se trata de discursos épico-líricos, diferenciados del resto de la narración por la bastardilla, que se insertan de distintas formas en los libros I y IV, y desarrollan con una secuencia cronológica el relato de la retirada final de las tropas de Lavalle, después de la derrota de Famaillá (1841), con el cadáver del general, huyendo hacia el Norte, por la frontera boliviana, para sustraerlo del enemigo que los perseguía. Desde la emergencia, a continuación, de los recuerdos del abuelo Pancho acerca de la intervención de sus antepasados en la Legión, los fragmentos van gradualmente ingresando a la trama de la novela hasta que, tras el incendio del Mirador, el espíritu de los Olmos se cristaliza, desde la visión de Martín, en la estancia del abuelo. A partir de ese momento se habilitará la posibilidad del ingreso del fluir de conciencia de Martín en el discurso de la Saga, al mismo nivel de los monólogos o soliloquios de los demás miembros de la Legión (*SHYT*, 455).

Progresivamente, se puede observar asimismo una creciente analogía en los rasgos que caracterizan el estado anímico y espiritual de los personajes de la historia básica y de los integrantes de la Legión. Se precisan cada vez con mayor evidencia los puntos comunes de ambos períodos históricos, seleccionados para poner en cuestión el tema de la nacionalidad y el destino de nuestra patria. En el quinto fragmento el coronel Pedernera piensa: «...Pero en aquel tiempo sí sabíamos por lo que luchábamos. Luchábamos por la libertad del continente, por la Patria Grande. Pero ahora... Ha corrido tanta sangre por el suelo de América, hemos visto tantos atardeceres desesperados, hemos oído tantos alaridos de lucha entre hermanos. (...) ¿Dónde está la verdad? ¡Qué hermosos eran aquellos tiempos! ¡Qué arrogante iba Lavalle con su uniforme de mayor de granaderos, cuando entramos en Lima! Todo era más claro, entonces, todo era lindo como el uniforme que llevábamos...» (*SHYT*, 80). Desde un «ahora», donde reina el sinsentido, la desilusión, la derrota, la desesperanza de marchar hacia la nada, se reedita la nostalgia por un pasado glorioso, el de las luchas por la independencia de Sudamérica, del que nada queda, excepto el derrumbe de esos ideales.

El desamparo y la impotencia impregnan tanto el pasado como el presente. Es sorprendente hasta qué punto los discursos llegan a fusionarse dando descripciones que parecerían referirse a una misma situación: «Y (Martín) empezó a ambular lentamente, como un cuerpo sin alma y sin piel, caminando sobre pedazos de vidrio y empujado por una multitud implecable.

NO SON NI SIQUIERA DOSCIENTOS HOMBRES, Y NI SIQUIERA SON SOLDADOS YA: SON SERES DERROTADOS Y SUCIOS, Y MUCHOS DE ELLOS YA TAMPOCO SABEN POR QUE COMBATEN Y PARA QUE. (...)

EL MUNDO SE HA CONVERTIDO EN UN CAOS...» (*SHYT*, 442-443).

Podríamos afirmar que se establece aquí un diálogo de temporalidades, por el cual el pasado de la saga se actualiza, hasta alcanzar el estatuto de mito o leyenda que convive con las imágenes del presente. Por otra parte el presente tiende sus redes hacia un pasado donde puede mirarse e indentificarse.

Queda aún por mencionar un pasado más reciente, evocado por Fernan-

do en su «Informe sobre ciegos» y por Bruno en el cuarto libro: el de la militancia juvenil en el anarquismo, durante sus tiempos de estudiantes. Curiosamente lo expresado acerca de este período que merodea el año treinta, coincide con lo que Sábato refiere en sus ensayos sobre su experiencia anarquista y socialista. Esta yuxtaposición de los enunciados de dos personajes y los del hablante real en otros textos se encuentra reforzado por otros índices que nos permiten considerar a Bruno, desde la categoría ambigua de narrador-personaje (no actancial), «alter ego» del hablante real. Por esta misma razón, es posible asignar función complementaria a Fernando (nacido el mismo día que Sábato-hablante real), Carlos y Max (por su experiencia anarquista), aunque sólo en algunos aspectos de su personalidad.

Entre el pasado remoto y glorioso y el presente corrompido y desconsolador se instala otro destino posible: un futuro lejano a la Megalópolis de Buenos Aires, que inaugurará Martín con su anhelada partida hacia el Sur con el camionero Bucich, entreviendo un espacio de la pureza y la esperanza (*SHYT*, 465).

Hacia la construcción de una nueva instancia en el futuro apuntan las profecías del loco Barragán, modesto profeta de barrio, que predicaba tiempos apocalípticos, con tono admonitorio: «Vienen tiempos de sangre y fuego, muchachos» (*SHYT*, 187) «Sangre y fuego, porque el fuego tendrá que purificar esta ciudad maldita, esta nueva Babilonia, porque todos somos pecadores» (*SHYT*, 188).

Anuncia un tiempo de venganza y de reparación, que le fue revelado por el mismo Cristo: «Pero yo les digo que el Cristo se me apareció una noche y me dijo: Loco, el mundo tiene que ser purgado con sangre y fuego, algo muy grande tiene que venir el fuego caerá sobre todos los hombres, y te digo que no va a quedar piedra sobre piedra. Esto me dijo el Cristo» (*SHYT*, 190).

Para confirmar la analogía con el tiempo de la saga, señalaremos que el coronel Pedernera percibe una visión donde se utiliza la misma imagen de la profecía del loco Barragán: «Pedernera, que duerme sobre su montura, se incorpora nerviosamente: cree haber oído disparos de tercerolas. Pero acaso son figuraciones suyas. En esa noche siniestra ha intentado dormir en vano. Visiones de sangre y muerte lo atormentan». (*SHYT*, 451).

Pasado, presente y futuro conviven y se interpenetran, se yuxtaponen y por momentos exhiben dramáticamente dicotomías insolubles que atraviesan la historia nacional a través de constantes antinómicas que definen, desde lo temporal, el dilema del ser nacional⁴.

3.2. Una nueva concepción del heroísmo

SHYT propone la posibilidad de inaugurar una nueva épica mediante la reformulación del concepto de lo heroico. El pasado convocado líricamente comienza progresivamente a contaminar las categorías con que se contempla el presente y diseña un nuevo tipo de heroicidad, que se muestra particu-

⁴ Cfr. *EORDP*, 44-46. Para ampliar el tema de las antinomias en la obra de Sábato: Fernando Aínsa, «Ernesto Sábato; del hombre dual a las antinomias de América», *Anales de literatura hispanoamericana* 16 (1987), 166-167.

larmente apropiada para los seres que transitan la babilónica capital argentina del cincuenta.

No es casual la elección de la figura polémica y cuestionada de Lavalle, una figura histórica convocada precisamente cuando ya es sólo un cadáver del que sólo recibimos el olor cada día más hediondo y las pormenores de su acelerada descomposición. Asistimos a la admiración y la fidelidad de sus subordinados, los miembros de la Legión que soportan el peso de su carga; hasta su poncho celeste termina confundándose con el color de la tierra (*SHYT*, 461). Hasta el último momento la Legión vela los sueños —quimeras de unos pobres deshechos—, mientras el general, «como un niño loco pero puro y querido» sigue adelante «tratando de no entregarse a la desesperación y a la muerte» (*SHYT*, 437-438). Su heroísmo consiste en su inextinguible sentido del deber, que lo anima a no entregarse, a resistir hasta el final, aún cuando ya no asoma un atisbo de esperanza

Pero la categoría heroica que se le otorga a la figura de Lavalle, no lo exima de la ambigüedad y la culpabilidad que contamina los distintos elementos de la narración de *SHYT*. El anteúltimo fragmento de la Saga introduce el monólogo del alma de Lavalle, que dialoga con sus desconsolados compañeros. Mediante este recurso, confiesa doloridamente su arrepentimiento por la firma de la sentencia que ordenaba la muerte de Dorrego, que fue el «cáncer» que lo devoró en el exilio y durante toda la campaña (*SHYT*, 461). Liberado de su culpa, habiéndola expiado a lo largo del peregrinaje hacia la muerte, después de haber soportado la derrota, el fracaso, el dolor, Lavalle revive purificado en la imaginería de un viejo indio, quien cuenta que en las noches de luna ha visto al general, montado sobre un caballo brioso, blanco como la nieve, hasta desaparecer en la sombra de la noche, cruzando el río hacia los cerros del poniente (*SHYT*, 464-465).

Como cada uno de los personajes de la historia narrada en *SHYT*, Lavalle simboliza un aspecto de la patria; así lo evoca Martín, cuando se sentía solo y se interrogaba sobre todo: «sobre la vida y la muerte, sobre el amor y el absoluto, sobre su país, sobre el destino del hombre en general. Pero ninguna de estas reflexiones era pura, sino que inevitablemente se hacía sobre palabras y recuerdos de Alejandra, alrededor de sus ojos grisverdosos, sobre el fondo de su expresión rencorosa y contradictoria. Y de pronto parecía como si ella fuera la patria (...), un territorio oscuro y tumultuoso, sacudido por terremotos, barrido por huracanes. Todo se mezclaba en su mente ansiosa y como mareada, y todo giraba vertiginosamente en torno de la figura de Alejandra, hasta cuando pensaba en Perón y en Rosas, pues en aquella muchacha descendiente de unitarios y sin embargo partidaria de los federales, en aquella contradictoria y viviente conclusión de la historia argentina, parecía sintetizarse, ante sus ojos, todo lo que había de caótica y de enconado, de endemoniado y desgarrado, de equívoco y opaco. Y entonces lo volvía a ver al pobre Lavalle, adentrándose en el territorio silencioso y hostil de la provincia, perplejo y rencoroso, acaso pensando en el misterio del pueblo en largas y pensativas noches de frío, envuelto en su poncho celeste, taciturno, mirando las cambiantes llamas del fogón, quizá oyendo el apagado eco de coplas hostiles en anónimos paisanos...» (*SHYT*, 179-180).

La irrupción de ese tiempo de las antiguas virtudes —coraje, honor, valor— en el presente, genera un efecto de contraste, en un tiempo de decadencia y corrupción. Alejandra elogia nostálgicamente a «aquellos hombres de ver-

dad», que se jugaban la vida por lo que querían. Esos antepasados de los Olmos son la contracara de sus descendientes, en franca decadencia, para quienes todo está perdido.

Emilse Cersósimo opina que tanto Bruno como Martín continúan la condición heroica de los antiguos héroes nacionales, en su empecinamiento para resistir hasta el final y no entregarse⁵. En particular, Martín puede ser considerado el «héroe joven» de la narración, admitiendo el recorrido sufriente de la vocación heroica hasta alcanzar la redención (*SHYT*, 465). Tito le recordará oportunamente: «¿No sabe, acaso, qué los próceres siempre terminan pobres y olvidados?...» (*SHYT*, 95-96).

Nos resta considerar un último aspecto de la configuración del heroísmo en *SHYT*, que es precisamente su reverso, encarnado por Fernando Vidal Olmos, quien se autodefine como antihéroe, «héroe al revés», «místico de la basura» (*SHYT*, 347). Bruno lo definirá más adelante como un «santo del infierno», cuya función consistirá en servir de contramodelo, del lado oscuro e inferior de la realidad⁶.

3.3. *La tipología de lo nacional*

La selección de los personajes que darán vida al entramado de lo nacional pretende alcanzar una representación del pueblo en su más amplia gama de matices y diferencias, para poder así comprender e interpretar al «país real» (*EORDP*, 55). La heterogénea galería de seres que pueblan el mundo de *SHYT* responde a un criterio amplio de selección que busca integrar a las distintas clases sociales, los diferentes lenguajes sociales y procedencias raciales que se congregan en el territorio de nuestro país.

Angela Dellepiane califica a la novela *SHYT* como «un fresco de la vida argentina» por el conjunto formado por los tipos humanos propios al país, representativos de la evolución de la sociedad argentina, que son portadores de sus concepciones personales de los problemas que lo aquejan. Desde sus primeros ensayos, hasta los más recientes, Sábato abogó por rescatar al «hombre concreto, de carne y hueso», que vive en un rincón particular del mundo (*AYR*, 107). *en su asombrosa diversidad de grupos y tipos sociales, la imagen construida en SHYT a partir de la elección de los personajes compone una sola patria*. Podemos señalar básicamente los siguientes tipos en el vasto repertorio de la novela sabatiana: la *oligarquía en decadencia*: en la estirpe de los Olmos, cuya genealogía los vincula con Hernandarias. De ellos sólo quedan papeles y los nombres de las calles (*SHYT*, 107), el abuelo Pancho, de noventa y cinco años, ser puro, idealista, que añora las antiguas virtudes y habita otras regiones de la realidad (su infancia coincide con el tiempo de la Legión), aniquilado por los duros días de nuestro tiempo (*SHYT*, 382); el tío Bebe, quien habita el caserón de Barracas, tocando, en su locura, una frase inconclusa insistentemente en el clarinete; y finalmente, Fernando y Ale-

⁵ Cfr. Emilse Cersósimo, «*Sobre héroes y tumbas*»: de los caracteres a la metafísica (Bs. As.: Sudamericana, 1972), 49, 58, 66.

⁶ Cfr. *ibidem*, 41.

⁷ Angela Dellepiane, *Sábato —un análisis de su narrativa* (Bs. As.: Nova, 1970), 124.

jandra Vidal Olmos, hija de la unión incestuosa de Fernando y su prima Georgina, y bisnieta del abuelo Pancho, quien vive atormentada, entregándose al alcohol y la prostitución. Con ellos habita también Justina, sólo una presencia con la mirada inescrutable y misteriosa de *india*; el *habitante cosmopolita* de Buenos Aires, indiferente y apátrida, representando por Wanda y Quique; los *viejos inmigrantes* (don Francisco, el padre de Tito), *sus hijos o nietos* (Tito), la *burguesía en ascenso* (Molinari, hombre importante y ocupado, industrial, dueño de una imprenta); Bordenave, aventurero inescrupuloso, amante de Alejandra); los *anarquistas* (Bruno y Fernando en su juventud, Carlos Marx); *emigrados* como Vania; *seres marginales y desposeídos* (loco Barragán, Hortensia Paz), entre otros⁸.

Así como lo advertimos en el plano temporal, también en la selección de los personajes se ha tenido en cuenta la dualidad básica que se plantea respecto de lo nacional; es posible percibir una oposición entre los seres puros y los impuros o contaminados. Los primeros, idealistas, candorosos buscadores o anunciadores de Absolutos, están representados por Martín, Tito, Chinchín, Bucich, Bruno, el abuelo Pancho, Hortensia Paz, el loco Barragán, el Sargento Sosa. Los otros representan la faz oscura del país actual, de coimeros y ladrones, el mundo de las Finanzas, del Dinero, de la frivolidad: Wanda, Alejandra, Fernando, Molinari, Bordenave.

Cabe agregar también en este punto la incorporación del lenguaje coloquial, con los matices regionales, dialectales, de clase social, que exija cada personaje. El empleo de argentinismos y de giros propios de la variante idiomática predominante en la región rioplatense, teniendo en cuenta las deformaciones propias de los hablantes no nativos, responde a lo que expresará años después en *LCELEN*: «...La modalidad idiomática de los argentinos se manifiesta en la pronunciación, en el léxico y hasta en la sintaxis» (*LCELEN*, 129).

3.4. Topología de la patria: dualidades y refugios

Tal como lo advirtiéramos con respecto al tiempo, las referencias espaciales en *SHYT* manifiestan una notable precisión, tanta que es posible seguir el itinerario de los personajes en un plano de la ciudad. La acción de nombre de calles, barrios, bares, plazas, negocios y hasta las cloacas y túneles subterráneos de la ciudad, ubicados debajo de la iglesia de la Inmaculada Concepción. Entre los distintos espacios aludidos se establece un diálogo de contrastes y yuxtaposiciones de lugares.

Como sostiene acertadamente Fernando Aínsa, la tradicional antinomia

⁸ No coincidimos en este punto con la posición del crítico chileno Marcelo Coddou, que entiende que Sábato ha partido de una imagen abstracta, para apuntar sólo a un argentino universal, ya que desestima que la fisonomía de lo argentino haya obtenido aún rasgos generales, propios y constantes. En nuestra opinión, Coddou no ha visto con suficiente claridad que lo que Sábato propone es la identidad nacional como problema, como una realidad cambiante, móvil, inacabada, problemática. Cfr. Marcelo Coddou, «La teoría del ser nacional argentino en *Sobre héroes y tumbas*» en: Helmy F. Giacomán, ed., *Homenaje a Ernesto Sábato-Variaciones interpretativas en torno a su obra* (New York: Anaya, Las Américas, s/f), 105-125.

espacial se elabora a partir de una distinción complementaria: donde el espacio está referido directamente al tiempo⁹.

Norte (quebrada de Humahuaca - frontera boliviana) = pasado.

Centro (Buenos Aires) = presente.

Sur (Patagonia) = futuro.

Buenos Aires recibe los epítetos más sugerentes: «ciudad implacable», «Babilonia», «ciudad maldita», que de acuerdo con la profecía del loco Barragán debía purificarse (*SHYT*, 188). En un país que ya no tiene arreglo, se intensifica la sensación de desamparo y soledad. Al haberse derrumbado el mundo que nos dio origen, cuando aún se estaba definiendo y construyendo la patria, los argentinos padecemos una doble orfandad que agrava el sentimiento de la soledad (*SHYT*, 225).

Dos lugares serán los que nos servirán para ilustrar el movimiento dialógico de los espacios en *SHYT*: la casa-quinta de los Olmos, situada en el barrio de Barracas, «resto fantasmal de un mundo que ya no existía» (*SHYT*, 108), en franco contraste con las construcciones que la rodean, que remiten al presente industrial y comercial que ha alcanzado invadir esa zona. La casona en ruinas y su Mirador connotan otro nivel de la realidad: un «territorio misterioso e insano, disparatado y tenue como los sueños» (*SHYT*, 84).

Algo similar sucede con la casa de Tito, en la Boca, «una mezcla de conventillo y caballerizas», donde se conservan algunos restos de los coches de plaza que conducía con no disimulado orgullo el padre de Tito. Las victorias, el fonógrafo, los tesoros de Humberto J. D'Arcángelo nos introducen mágicamente en otro tiempo también irrecuperable (*SHYT*, 97-98).

Con referencia a la oposición Norte - Sur, debemos anticipar que surge de la analogía ya señalada entre Martín y Lavalle: ambos huyen y deben sobrellevar pesadas cargas; Lavalle expiando su culpa se empecina en marchar hacia el Norte, una región donde se hace sentir la opresión de la carga del pasado histórico, mientras Martín prepara su viaje al Sur, en busca de paz y sosiego para su alma atormentada: «...allá, donde Martín imaginaba todo blanco y helado, aquella punta que se inclinaba hacia la Antártida, barrida por los vientos patagónicos, inhóspita pero limpia y pura. SENO DE LA ULTIMA ESPERANZA, BAHIA INUTIL, PUERTO HAMBRE, ISLA DESOLACION (...), nombres que sugerían remotas y solitarias regiones del mundo, pero limpios, duros y purísimos; lugares que parecían no haber sido ensuciados aún por los hombres y sobre todo por las mujeres». (*SHYT*, 457).

Frente al desamparo, el aislamiento a que cada ser de los que deambulan por Buenos Aires es arrojado, cada uno de ellos se ocupará de encontrar un refugio, un espacio o un tiempo donde cobijarse y protegerse de la hostilidad del mundo externo para acariciar al menos la fugaz felicidad del instante: «Y también Bruno, al que se aferraba, al que miraba (Martín) con anhelante interrogación, parecía estar carcomido por las dudas, preguntándose perpetuamente sobre el sentido de la existencia en general y sobre el ser y el no ser de aquella oscura región del mundo en que vivían y sufrían: él, Martín, Alejandra, y los millones de habitantes que parecían ambular por Buenos Aires como en un caos, sin que nadie supiese dónde estaba la verdad, sin que nadie creyese firmemente en nada: los viejos como don Pancho (pensaba Bruno) viviendo en el sueño del pasado, los aventureros haciendo fortu-

⁹ Cfr. F. Aínsa, *ob. cit.*, 177.

na sin importárseles de nada ni de nadie (...), los viejos inmigrantes soñando (también ellos) con otra realidad, una realidad fantástica y remota...» (*SHYT*, 179-180). Y a continuación sintetiza ese espacio común de la nostalgia, y al mismo tiempo personal y único: «Pero es que aquí todo era nostálgico, porque pocos países debía de haber en el mundo en que ese sentimiento fuese tan reiterado: en los primeros españoles, porque añoraban su patria lejana; luego, en los indios, porque añoraban su libertad perdida, su propio sentido de la existencia; más tarde, en los gauchos desplazados por la civilización gringa, exiliados en su propia tierra, rememorando la edad de oro de su salvaje independencia; en los viejos patriarcas criollos, como don Pancho, porque sentían que aquel hermoso tiempo de la generosidad y de la cortesía se había convertido en el tiempo de la mezquindad y de la mentira; y en los inmigrantes, en fin, porque extrañaban su viejo terruño, sus costumbres milenarias, sus leyendas, sus navidades, junto al fuego. ¿Y cómo no comprender al viejo D'Arcángelo?...» (*SHYT*, 180).

Los refugios de los personajes no se inscriben en un mismo plano; aunque sometidos todos a un mismo proceso de idealización se detectan refugios *en el plano temporal* (en el pasado), instalándose por la mediación de la memoria (el recuerdo) y del acto de mirar hacia adentro, un puente hacia la infancia, la patria natal, la raza, la tierra, las pasiones. El abuelo Pancho se refugiará fuera del presente, conservará solamente la memoria para evocar infinitamente el pasado de la Legión, de las luchas entre unitarios y federales, época de ideales sobre la que se centrará exclusivamente su evocación; don Francisco recordará nostálgicamente la Italia natal de su infancia; Tito rememorará los tiempos de la Primera Guerra Mundial, la «Gran Epoca», «en plena conflagración»; la niña Escolástica congelará su presente en 1852, año en que dieron muerte a su padre, y vivirá encerrada en un altillo hasta 1932, cuando muere, tras ochenta años de comportarse como si el tiempo se hubiese detenido, en un patético encierro físico, psíquico, espacial y temporal; Martín, anhelante de amparo: «el país (pensaba Martín), el país, el hogar, buscar la cueva en las tinieblas, el hogar, el fuego caliente, el tierno y luminoso refugio en medio de la oscuridad» (*SHYT*, 140). Al evocar el paso irrecuperable de su relación amorosa con Alejandra, mediante la confidencia de lo sucedido entre ambos a Bruno, busca en aquel un refugio y al mismo tiempo trata de desentrañar la verdad que ocultan los hechos.

También en el plano de lo *espacial* se registran zonas de amparo: el altillo para la niña Escolástica, la existencia subterránea y misteriosa de la precariedad del bar Moscova y la evasión de la droga en Vania; la patria lejana y anhelada en los viejos inmigrantes como don Francisco: «aquella región remota y perdida», «aquella tierra fabulosa» (*SHYT*, 150-152). Escolástica, Bebe, el loco Barragán y finalmente Vania, quien termina recluido en el manicomio de Vieytes, comparten, con algunas variantes, otro espacio de protección frente al mundo cruel y hostil, ahora en el plano de lo *psíquico*: la locura, que no impide —al menos al loco Barragán— acceder a un nivel de verdad, abierto a los niños y a los locos, de acuerdo con la visión de Bruno.

Por último, resta agregar que dentro del plano espacial se registra, como advirtiéramos oportunamente con respecto a los personajes, la dualidad de lo puro y lo contaminado. Las regiones inferiores que se enumeran y describen como lugares del viaje de Fernando a los tenebrosos sitios subterráneos (así como los espacios de las Grandes Finanzas, en la City porteña y el am-

biente frívolo de la boutique de Wanda, se contraponen a espacios de la pureza, como lo son el cuarto de Hortensia Paz, el bar de Chichín, la casa de Tito, el Sur.

4. *La relación del discurso ensayístico y la prosa de ficción en la producción sabatiana.*

Los cuestionamientos, posturas y reflexiones en torno al tema de la identidad nacional y el destino de nuestra patria, aparecen en *SHYT*, en los parlamentos, monólogos o diálogos de los distintos personajes de la novela. Así es como opina su autor que el novelista actual debe representar la realidad en la obra de ficción: distinta para cada personaje (*EEYSF*, 52). Fiel a los postulados del relativismo gnoseológico, la elección de las distintas perspectivas captadas por los personajes nos permite recibir distintas imágenes de la realidad y aproximarnos de este modo a la complejidad de su esencia. La novela admite una gran variedad de visiones, que dan lugar a lo que Bajtin ha denominado «plurilingüismo», vale decir la confluencia de los discursos y acciones de distintos personajes, que nos remiten a diferentes mundos culturales y sociales, encarnando diferentes lenguajes sociales¹⁰. Sábato valora la posibilidad que le brinda la «polivalencia de personajes» (*EEUSF*, 142) para liberar otras partes de su ser, prolongándose a través de sus dobles, los personajes, a quienes ha definido como «hipótesis del autor» (*H*, 126).

En *SHYT* Sábato construye un gran ideograma de lo nacional, defendiendo y probando sus posiciones ideológicas sobre la cuestión, valiéndose de los distintos lenguajes sociales aportados por los enunciados de sus personajes. Así la visión total de la realidad nacional resulta de un «entrecruzamiento de las diferentes versiones, no siempre coherentes ni unívocas» (*EEUSF*, 142).

Veamos qué imágenes de la patria se nos presentan. Dentro de la multiplicidad de fragmentos de la novela destinados a reflexionar sobre esta cuestión, es Martín quien se interroga sobre su país e identifica a la patria con la infancia y la madre y luego con Alejandra, en quien parecía sintetizarse «todo lo que había de caótico y de encontrado, de endemoniado y desgarrado, de equívoco y opaco» (*SHYT*, 179). Martín asocia la noción de patria a lo femenino, a la madre, al hogar, en una enumeración de asociaciones libres y sugiere llamarla «matria, algo que ampara y calienta en los momentos de soledad y de frío» (*SHYT*, 225). Mirando a Tito, Martín se pregunta qué es la Argentina, e imagina la respuesta de Bruno: «la Argentina no sólo era Rosas y Lavalle, el gaucho y la pampa, sino también ¡y de qué trágica manera! el viejo D'Arcángelo...» (*SHYT*, 181). La ambigüedad y contradicción inherente a lo nacional justifica la analogía con la figura de Alejandra, en quien Martín ve un «enigma» que no alcanza a descifrar (*SHYT*, 19, 206). Recordemos que son innumerables los pasajes en que se la califica con atributos aplicables al país: «paradojal», «inesperada», «imprevisible», o mediante imágenes ambivalentes: «monstruo equívoco», «dragón-princesa», «rosafango», «ni-

¹⁰ Cfr. Mikhail Bakhtine, *Esthétique et théorie du roman* (París: Gallimard, 1978), 152-177.

ñamurciélago», «ser áspero», «una basura» (*SHYT*, 118). Por otra parte, Martín ve al país como una «patria enigmática» (*SHYT*, 223).

También Bruno se plantea, a partir de la visión de Buenos Aires como una gran «Babilonia», el interrogante sobre qué es lo nacional, pero avanza hasta el problema de la representación de ese conjunto heterogéneo: «¿Cómo hablar de todos? ¿Cómo representar aquella realidad innumerable en cien páginas, en mil, en un millón de páginas? Pero —pensaba— la obra de arte es un intento descabellado, de dar la infinita realidad entre los límites de un cuadro o de un libro. Una elección. Pero esa elección resulta así infinitamente difícil y, en general, catastrófica» (*SHYT*, 148).

Por último, en el discurso de la Saga de la Legión, el alma de Lavalle vuelve a inquirir sobre el significado de la patria: «...teniendo que enfrentar las fuerzas aguerridas de España por una patria que todavía no sabíamos claramente qué era, que todavía hoy no sabemos qué es, hasta dónde se extiende, a quién pertenece de verdad: si a Rosas, si a nosotros, si a todos juntos o a nadie...» (*SHYT*, 462).

Además de la constante incertidumbre acerca de lo que sea la realidad nacional, prevalece la visión negativa y desencantada en la mayoría de los personajes: desde la cruda concepción de Alejandra y Fernando: «una porquería», «patria de la inmundicia» (*SHYT*, 3487), «una podredumbre» (*SHYT*, 186), a la perspectiva de Bordenave: «nación de acomodados, de cobardes, de quinieleros, napolitanos, de compadritos, de aventureros internacionales, como ésos que estaban ahí, de estafadores y de hinchas de fútbol» (*SHYT*, 186-187), hasta las advertencias proféticas del loco Barragán, la visión de un lugar inhóspito, sin amparo que comparten Bruno y Martín, y la rotunda negación de Carlos: «no hay patria» (*SHYT*, 410).

Se insiste en una y otra descripción en la esencial dualidad de eso que se adivina que es lo nacional. Esta misma visión recae sobre Buenos Aires: el «monstruo», «ciudad de desamparados», «Babilonia cosmopolita», que habilita la dialéctica pesimismo - esperanza, desarrollada en la teoría elaborada por Bruno: «Los argentinos somos pesimistas (decía Bruno) porque tenemos grandes ilusiones y esperanzas, pues para ser pesimista hay que previamente haber esperado algo...» (*SHYT*, 181).

Otra serie de reflexiones de los personajes contribuyen a configurar una radiografía de los argentinos, atribuyéndoles características y atributos propios. El abuelo Pancho esboza una clasificación según la procedencia: los criollos y los gringos, y caracteriza a los primeros —entre quienes se incluye— por la excesiva generosidad: «demasiado mano abierta», poco ahorrativos. Bruno intenta una caracterización más comprensiva y señala tres rasgos definitorios: nostalgia, tristeza y propensión a la metafísica, a los que después agrega el pesimismo, como característica nacional (*SHYT*, 152-3, 174, 181).

Buena parte de las ideas expresadas por los personajes de *SHYT*, en particular las de Bruno, han sido emitidas o lo serán en las obras ensayísticas del autor, reiterada y hasta obsesivamente. Interesa pues detenernos para analizar de qué se integran las ideas contenidas en los escritos ensayísticos de Sábato en sus obras de ficción. Sábato mismo, consciente de la fuerte carga ideológica de su obra narrativa, ha planteado el tema en varias ocasiones. En *Heterodoxia* compara a la novela con lo nocturno y al pensamiento puro como lo diurno (*H*, 104). En *EEYSF* define a la novela como un género «impuro» y agrega que «a veces no hay límites que separen a la ficción del ensa-

yo», puesto que llega a cumplir el papel de la narración y la epopeya, el mito y la poesía, las confesiones y el ensayo a la vez (*EEUSF*, 25). En el mismo volumen caracteriza a la novela como «un tipo de creación espiritual», donde, a diferencia de las obras científicas o filosóficas, «las ideas no aparecen al estado puro, sino mezcladas a los sentimientos y pasiones de los personajes» (90) y más adelante precisa mejor la distinción entre esos dos tipos de discurso: «No hay que suponer que (...) las ideas de los personajes de ficción no pueden ser sino las ideas, pensadas antes, del propio autor. No necesariamente, en todo caso. Saliendo como salen, de la persona integral de su creador, es natural que algunos de ellos manifiestan ideas que de una manera o de otra, perfecta o imperfectamente, han surgido alguna vez en la mente del propio artista, pero aún cuando en esos casos esas ideas, al estar encarnadas en personajes que no son exactamente del autor, al aparecer mezcladas a otras circunstancias, otra carnadura, otras pasiones, otros excesos, ya no son aquellas que alguna vez el autor pudo haber expresado desde su propia situación y deformadas por las nuevas presiones (presiones que en la ficción suelen ser tremendas y demoníacas), cobran un resplandor que antes no tenían, adquieren aristas o matices nuevos, logran un poder de penetración insólito. Son, en suma, ideas diferentes» (*EEYSF*, 140).

Veamos entonces qué elementos son los que permiten sostener la hibridación de dos discursos en *SHYT*. En primer lugar es llamativo el hecho del desproporcionado volumen de los componentes reflexivos, fragmentos metalingüísticos, atribuidos a Bruno, en su calidad de narrador —personaje y alter ego del hablante real— Sábato, frente a la mínima extensión de la acción a lo largo de toda la novela. En lo que respecta a Bruno, cabe destacar que no cumple función actancial, sino solamente la de ser confidente de Martín, lo que no genera ni desencadena acción alguna, sino que posibilita la narración de los sucesos que se le han confiado: se cuentan las confidencias de Martín a Bruno, y lo que éste opina en cada caso (libros I y II). Pero esta presencia, en la primera y segunda parte y en la cuarta del cuarto libro pasa a ser narrador-personaje y conciencia reflexiva, contemplativa, que por el nivel del discurso excede la historia básica, toda vez que desarrolla reflexiones filosóficas y estéticas que coincidirán con las que Sábato ha publicado en sus ensayos. Se convierte pues, al ejercer una función metalingüística, en portavoz de Sábato por excelencia. Por otra parte, Bruno se ha autodefinido como «escritor en potencia», un contemplativo, «un hombre de puros y reiterados intentos».

Esta conexión extra-corpus, se puede registrar, en otra forma, en los dos primeros libros, gracias a la superposición de las visiones de Martín y de Bruno, lo que permite un mayor grado de amplitud en la perspectiva. Prueba de la coincidencia entre lo expresado en esas páginas con los escritos ensayísticos la ofrece el cotejo de fragmentos casi idénticos, que con leves modificaciones se repiten en *EORDP* (1956), *SHYT* (1961), *EEYSF* (1963) y *LCELEN* (1973). En las «Palabras preliminares a la 1^{era}. edición» de *EEYSF*, Sábato comenta que el volumen reúne una serie de «reflexiones no apriorísticas ni teóricas», sino que se desarrollaron con contradicciones y dudas, muchas persistentes, a medida que escribía las ficciones. Premeditadamente mantuvo la forma «reiterativa y machacante» pero nueva y el desorden obsesivo con que esas variaciones de un sólo tema se presentaron en su espíritu (*EEYSF*, 10). Es curioso observar que el mismo efecto de desorden y reitera-

ción obsesiva lo percibimos como resultado del tratamiento sinuoso, digresivo, que responde al modo del discurso ensayístico, que se advierte en *SHYT*, en lo que respecta a la sintaxis de los enunciados que tematizan la cuestión de la argentinidad. Otro elemento de juicio decisivo proviene del creciente papel que va asumiendo el hablante real Sábato, en la estructura narrativa de *SHYT*, y *AEE*, que parece no querer resignarse a quedar excluido del texto. Tal actitud se compatibiliza mejor con el rol del emisor del ensayo que con el de un narrador de una obra ficcional.

Citaremos solamente algunos ejemplos de las coincidencias mencionadas: leemos en *SHYT*, «(decía Bruno) (...) nuestra desgracia era que no habíamos terminado de levantar una nación cuando el mundo que le había dado origen comenzó a crujir y luego a derrumbarse...» (*SHYT*, 225); con algunas modificaciones se lee esa idea en *H*, 132; en *EORDP*, 10; en *EEYSF*, 59; *LCELEN*, 101.

Otro tanto ocurre con la sugerencia de llamar a la patria «matria» que encontramos en *SHYT*, 225 y ya en *H*, 128-129, donde se asocia esa idea con lo femenino, lo biológico, el hogar, la familia, la infancia. En *EORDP*, 36; *EEYSF*, 55-56 se identifica a la patria con la infancia en párrafos de gran semejanza. Por último recordaremos la reflexión acerca de cuál debe ser la literatura nacional en *SHYT*, 174 y se la caracteriza como metafísica y triste, coincidiendo con lo que se comenta en *H*, 29-30, 132; en *EORDP*, 33-34; *EEYSF*, 131; en *LCELEN*, 23-25, discutiendo la cuestión de la originalidad en la literatura argentina.

La consideración teórica del fenómeno de yuxtaposición discursiva nos será útil para poder evaluar la relevancia de su constatación en una novela argentina, escrita en el año 1961.

Aceptada la intrínseca unidad de la meditación sobre lo nacional en la producción de Sábato, tanto en las obras ficcionales, como en las ensayísticas, por encima de las diferencias discursivas y formales entre ambos tipos, debemos admitir una estrecha vinculación del tema en cuestión con las posibilidades formales que ofrece el discurso ensayístico, por su libertad esencial y por tratarse de un conflicto sin resolver, que acepta el simple planteo abierto del problema¹¹. El ensayo como estrategia de escritura, le da la posibilidad al emisor de trascender la postura confesional, meramente autobiográfica y busca ser axiomático en afirmaciones generales, de valor universal, pero sin encubrir su yo. Si esa estrategia se traslada a uno de los personajes, que cuenta con la ventaja de no poseer categoría actancial, la forma estética intrusa se adecua sin violencia a la estructura narrativa de la novela en cuestión. En *SHYT* se cuenta además con el hecho favorable de la sobrea-bundancia de estados y situaciones sobre las acciones. La adopción del recurso de la confidencia, por otra parte, favorece la identificación y lo involucra con un alter ego de él mismo.

Podemos concluir que *SHYT* presenta una innovación en la narrativa argentina, y ésta es fruto de un proceso de experimentación que viene sopor-tando la novela moderna: en este caso, el traslado de la temática de la identi-

¹¹ Cfr. Theodor W. Adorno, «El ensayo como forma», en *Notas de literatura* (Barcelona: Ariel, 1962), 11-36; Jacques Leenhardt, «La estructura ensayística de la novela latinoamericana», en: David Viñas, Angel Rama y otros, *Más allá del boom: literatura y mercado* (Bs. As. Folios, 1984), 130-142.

dad nacional del ensayo a la novela, bajo una forma mixta: *la novela-ensayo*¹².

Pasando a las obras posteriores a *SHYT*, podemos adelantar que en *LCELEN* se sigue utilizando la misma técnica compositiva por «párrafos expandidos en forma concéntrica», que son reelaborados, enlazados en otra secuencia discursiva o simplemente transcritos textualmente. No ocurre lo mismo con *Abaddón, el Exterminador*, que excede la categoría de novela-ensayo. El tema de la identidad nacional pierde vigor en *A*, que potenciará el aspecto metalingüístico acerca de la creación novelesca. Como novela experimental, incorpora la técnica del collage, la fragmentación que busca caotizar la estructura narrativa, la remisión a otro tipo de textos —crónicas, recortes y otros— que semejan el ingreso de «lo real» a la ficción.

Interesa señalar de ese libro, la reflexión sobre el rol del escritor como «testigo» y «mártir» de su tiempo, del que da testimonio en su obra (*AEE*, 185). Además de incorporar fragmentos ya incluidos en ensayos anteriores, especialmente *LCELEN*, como la relación del arte y la sociedad, la necesidad de ser nosotros mismos, la refutación del objetivismo en el arte. Aquí desarrollará su tesis sobre la Nueva Argentina y el hombre nuevo (*AEE*, 193), que expondrá a Silvia Gentile, donde define al país como producto de la acción de «tres fuerzas»: los españoles, los italianos y los judíos, de quienes heredamos nuestras virtudes y defectos.

5. *El rol de la literatura y la ficción*

Para finalizar es conveniente revisar la concepción de la literatura y el rol que le asigna Sábato a la ficción, de modo que podamos concluir cabalmente cuál es el sentido de abordar desde lo temático la cuestión de la identidad o del ser nacional, y en segundo lugar, desentrañar el móvil que decidió la apelación a la estrategia ensayística dentro de la literatura de ficción.

Ya en *H*, Sábato ocupaba gran parte de sus meditaciones a la temática del arte y de la literatura, y los relacionaba con el área de lo inconsciente, del mito y del sueño: el arte disfraza la realidad para permitirnos alcanzar lo que deseamos. Más adelante lo perfilará como sólo «un intento» por alcanzar la realidad infinita y aprisionarla en una forma finita (*H*, 96). La novela revelará nuestro lado oculto, lo que realmente somos (*H*, 106).

Concibe al arte y a la literatura como «formas de conocimiento», «instrumentos para aprehender la realidad» (*H*, 131), opuestos a la vía de acceso a ella tendida por la Ciencia (*H*, 130).

Por esa época comienza a inquietarse por los rasgos característicos de la novela y literatura argentina. En *EORDP* manifiesta el anhelo de comprender y desentrañar el problema nacional, lo que será entre otras la función asignada a su novela épica, *SHYT*. En *H* había insinuado que sería necesaria toda una literatura para describir el caos de nuestra realidad nacional (*H*, 132).

Será en *EEYSF* donde se extienda con mayor detenimiento sobre este tema. Allí vuelca sus opiniones, contradicciones e interrogantes, mientras es-

¹² Cfr. Peter G. Earle, «On the contemporary displacement of the Hispanic American Essay», *Hispanic Review*, XLVI (1978), 3, 329-341; Joaquín Roy, «Del ensayo y la crítica», *El urogallo*, VI (1975), 129-134; Leenhardt, *ob. cit.*

cribe las ficciones, documentando su propio destino doblemente atormentado de escritor y latinoamericano (*EEYSF*, 11).

En *EEYSF*, despliega su concepción de la «novela total», que supera la división falaz entre «novela psicológica» y «novela social», proponiendo una síntesis de ambas, que responda a una visión integralista del arte, donde el acento está puesto sobre lo ético y metafísico. Se aspira a una novela que sea «un poema metafísico», un género «impuro», como la historia y su protagonista, el hombre (*EEYSF*, 23, 25). Su finalidad será indagar, no sólo representar, explorar y mostrar, más que inventar, apuntando a lo que Sábato llama «literatura problemática», más comprometedora (*EEYSF*, 20).

Aquí se advierte una coincidencia entre la idea sabatiana de la ficción y las posibilidades que abre el discurso ensayístico, para potenciar la actitud exploratoria, cuestionante y apelativa. Se plantea aquí la antigua cuestión de la convivencia de las ideas y la estructura narrativa en la ficción. Al respecto, señala Carlos Catania: «El problema de las 'ideas' está tan superado en literatura, que sólo espíritus inquisidores de visión simplificada y en busca de efectos exteriores, son capaces aún de reprochar a Naphta y a Settembrini, sus largas disquisiciones acerca del Mal en *La montaña mágica*, a Musil la totalidad de *El hombre sin atributos*, a Joyce la mitad del *Ulises* y a Proust su *Recherche*. La filosofía de la entrañable imbricación de sensaciones, percepciones, símbolos e ideas, está en la concepción de la «novela total...»¹³. Sábato propone una literatura de «ideas encarnadas» a través de sus ficciones. Confiesa que las ideas viven en las ficciones» a veces no explícitamente, sino en forma implícita, en la visión del mundo que tiene el autor, por su sumersión en una cultura de la que da una viviente manifestación de sus ideas, dominantes o rebeldes, de restos contradictorios de viejas ideologías o profundas religiones»¹⁴.

Pero más allá de lo que el creador reconoce, existe el testimonio definitivo de sus ficciones. En *SHYT* no queda duda de hasta qué punto se enlaza lo histórico y circunstancial (el hombre concreto) con las preocupaciones metafísicas del autor, cuando contemplamos a Martín, deambulando por las calles convulsionadas de Buenos Aires, ensimismado en su obsesión, ignorante de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero «arrastrado» por los hechos políticos que se estaban suscitando, hasta ingresar al mundo de la multitud, en el episodio de la quema de las iglesias. Se hace realidad, en ese vaivén de fantasmas y conmociones sociales, el postulado que leemos en *EEYSF*, sobre la necesaria cercanía del artista al hombre concreto (*EEYSF*, 32), y al mismo tiempo se hace efectiva la convicción de que: «El escritor verdadero escribe sobre la realidad que ha sufrido y mamado, es decir sobre la patria, aunque a veces parezca hacerlo sobre historias lejanas en el tiempo y en el espacio (...). El escritor de nuestro tiempo debe ahondar en la realidad. Y si viaja debe ser para ahondar, paradójicamente, en el lugar en los seres de su propio rincón» (*EEYSF*, 22).

Por último, también en *EEYSF* define el arte como una «ontofanía»

¹³ Cfr. Carlos Catania, «Estudio preliminar: Ernesto Sábato: entre la idea y la sangre», en *Páginas seleccionadas de Ernesto Sábato por el autor* (Bs. As., Celtia, 1983), 32.

¹⁴ Ernesto Sábato, «Confesiones de un escritor», *Cuadernos hispanoamericanos*, 432 (1986), 97.

(*EEYSF*, 183; *AYR*, 150) que persigue la «revelación de algo» (*EEYSF*, 184), pero que ejerce una función social, salvífica y humanizante para toda una comunidad. En el Río de la Plata, la literatura debe tener —según la visión de Sábato— la misión de describir «esa alma atormentada por el caos», «esa anhelosa búsqueda de un orden y un por qué» (*LEELEN*, 101).

Por otra parte, desde *EEYSF*, hasta *LCELEN* y *AEE*, va madurando en Sábato la concepción del escritor como testigo o mártir de la sociedad moderna, constituida por antivalores (*EEYSF*, 84). Los que escriben —concluirá en *AEE*— son los grandes testigos de su tiempo (...). Son seres que no escriben con facilidad, sino con desgarramiento. Hombres que un poco sueñan el sueño colectivo, expresando no sólo sus ansiedades personales, sino las de la humanidad entera» (*AEE*, 185). Desde el valor catártico y testimonial al mismo tiempo de la obra de arte, podemos entender la insistencia con que el autor tematiza lo nacional, como una de sus preocupaciones centrales, y por el otro lado, comprendemos la recurrencia a un discurso referencial, conativo, que busca involucrar al lector, sacudir su comodidad y llamarlo a participar en el debate, suscitando inquietudes en él, o simplemente compartiendo cuestionamientos acerca de una realidad que le es común y cuya resolución está aún pendiente. En este aspecto, y en la elección de su temática, queda corroborado lo que Sábato ha dicho, para definir el rol que le compete al escritor latinoamericano: «Un intelectual lúcido y generoso no puede sino propugnar la liberación definitiva y la *unificación cultural y social* de América Latina. La justicia social y el elevamiento de los pueblos miserables constituyen hoy un imperativo que ningún escritor puede soslayar (...). Estoy hablando del escritor como ciudadano de América Latina»¹⁵.

6. Conclusión

La cuestión del ser nacional y sus derivaciones indiscutiblemente es un tema constante y obsesivo en la producción literaria de Sábato. Desde sus obras de la década del cincuenta aparece una y otra vez, cobrando con el tiempo mayor importancia y extensión. Sábato actúa como un ideólogo de lo nacional, cuyo ideograma central se ve enriquecido por la numerosa cantidad de lenguajes sociales diversos, a los que Sábato engloba bajo el nombre de «plurivalencia» de los personajes. Ya en *HYE*, aunque las referencias a esta preocupación son escasas, es posible, sin embargo, señalar la coexistencia de las dos líneas temáticas que convivirán en la práctica literaria sabatiana: lo universal, metafísico y lo histórico, concreto.

En cuanto al modo en que se registra la yuxtaposición de discursos, en particular, en lo que respecta al tema de lo nacional, en primer lugar, las ideas de Sábato ensayista (hablante real) se reproducen con sorprendente similitud en las reflexiones de Bruno, alter-ego del hablante real, en su función metalingüística; en menor medida, aparecen en los parlamentos y diálogos de otros personajes, principalmente Martín, mediatizado por Bruno, las más de las veces. Por otra parte, la actitud del emisor, con las variantes que le ofrece el hecho de haber recurrido a un punto de vista móvil (traslación de visiones con, narrador omnisciente en algunos libros, superposición de distintos sa-

¹⁵ Emir Rodríguez Monegal, *EL arte de narrar* (Caracas: Monte Avila, 1968) 252.

beres) se acerca notablemente a la del ensayista, en su libertad para cambiar el hilo de la conversación e introducir digresiones, en la apelación a un otro que está supuestamente escuchando, en la actitud de pensar en voz alta, para compartir el planteo del conflicto.

El «pensamiento encarnado» en Sábato cuando aborda la realidad nacional conserva la constante de trazar campos antagónicos, en los distintos planos que configuren su representación, del mismo modo que en el plano ideológico, con lo que se confirma la visión dicotómica de lo nacional. Pero, a diferencia de Sarmiento y los pensadores y políticos que prolongaron la tradicional antinomia sarmientina, Sábato la plantea como una instancia conflictiva, para describir la realidad, pero que debe ser superada en una síntesis integradora.

El modelo literario que hemos desarticulado en el desarrollo de nuestro análisis se apoya en una condición comprometedora de la práctica literaria, en la que el escritor se juega integralmente su pensamiento y su acción. El valor de la autenticidad pasa a ser reivindicado en la aspiración de que cada palabra encuentre respaldo y confirmación en el escritor-hombre (*EEYSF*, 74). En la escritura sabatiana, ciertos niveles de la narración desdibujan la frontera que separa al narrador del hablante real, y hasta del personaje narrador, como es el caso de Bruno.

El ritmo obsesivo con que se van reiterando y ampliando las ideas en los ensayos y las novelas de Sábato generan el efecto de lo «ya leído», en tanto reafirman la unidad de su producción, que no es más que una sola y repetida profundización en la tarea de indagar y explorar la zona ambigua donde se desplaza el ser nacional, y ponerla en común sin ahorrar la complejidad de la cuestión, aunque escatimando soluciones rotundas o simplificaciones ingenuas.